

# ANECDOTARIO DE MI CUBANÍA

(Primera parte)



Marcos Ramírez

**E**ra el invierno de 1995, celebraba mi cumpleaños en el restaurante de don Nico en Chetumal, en compañía de mis más queridos amigos, cuando Héctor Esquiliano, mi amigo de la infancia, entonces secretario general del Gobierno del Estado, me dice:

– ¿Tienes pasaporte?, porque nos vamos a Cuba, ya que el gobernador me manda a entregarle unos obsequios al canciller Roberto Robaina. Sólo iremos don Chucho (Martínez Ross), El pato (González Orlayneta), el doctor Peña Xicum y nosotros, ¿aceptas?

Tenía que aceptarlo, puesto que era uno de mis máximos anhelos conocer ese país.

Llegando allí, en el *jet* del gobernador, nos recibieron en el Aeropuerto Internacional de La Habana “José Martí” funcionarios de la cancillería cubana y nos llevaron a una sala especial. Mientras nos documentaron, nos dieron de beber un rico preparado que jamás había probado. Con el tiempo supe que es la bebida nacional por excelencia: el famoso mojito.

Antes, don Jesús nos había instruido que si nos preguntaban si ya teníamos hospedaje contestáramos afirmativamente, pues de lo contrario ellos nos lo daban, pero también nos ponían guardias todo el tiempo y no tendríamos libertad para conocer La Habana.

Esa misma noche conocí la vida nocturna de La Habana. Fuimos a cenar a la Bodeguita del Medio. Para rematar visitamos el famoso Comodoro, centro de diversión obligado para todo turista que se precie de ir a La Habana en su esplendor...

Al siguiente día, a las nueve de la mañana, ya estábamos en la cancillería, subimos al piso del ministro y nos pasaron a una oficina de espera muy confortable. Como a los 15 minutos hizo su aparición Roberto Robaina, entonces hombre clave en la política exterior de ese país. Nos saludó amablemente, pidió café para nosotros, charló de todo, mandó saludos al ingeniero Villanueva Madrid y sentado, con el desparpajo que le caracteriza, con mocasines, sin calcetines y con saco informal, también bebió café.

Al final, después de 30 minutos, encargó que trajeran unas cajas de habanos Cohíba y unas camisetas con la imagen del Che (por cierto bordadas y negras) para obsequiárnoslas. Nos despedimos y hasta hoy esa imagen está presente en mí, pues, a pesar de su estatura política y su recia personalidad, fue el primer funcionario cubano que haya yo conocido, y me impactó por su sencillez y don de gente, que no es fácil observar en el mundo político, mucho menos en nuestro propio país, carente de políticos con sensibilidad y algunos faltos de humildad.

Al siguiente día, visitamos los museos (aunque algunos no lo crean), el de la Revolución, el Castillo del Morro, la Fortaleza La Cabaña. Ya en la noche, don Jesús me dijo:

–Tienes que conocer Dos gardenias. Por tu profesión no te vas a arrepentir, caray, es la catedral de la trova tradicional de Cuba, donde se escucha la música de Armando Manzanero y Álvaro carrillo como si fuera la de Cuba y su música como si fuera la nuestra.

Cuando escuché “Dos gardenias”, quizá el bolero mas universal de Cuba, interpretado al piano por su propia autora Isolina

Carrillo, que era la anfitriona de ese lugar en ese momento histórico, dudé de su autoría, porque en Mérida todos los tríos lo ejecutan en sus serenatas y algunos creen que es de autor yucateco. Lo mismo sucede con ellos, cuando escuchan “La puerta”, de nuestro Luis Demetrio (compositor yucateco), algunos cubanos piensan que es de autor cubano.

Un día después, comiendo en El patio, céntrico restaurante ubicado en la Plaza de la Catedral, por azares del destino conocí a Yanira Ross, Yanira de mis recuerdos, culpable de mis anhelos y mis logros que originan este escrito.

¿Su profesión?: licenciada en bibliotecología, conocedora de lo que más anhelaba yo conocer: las fuentes bibliográficas que me orientaran hacia la raíz de la famosa guaranducha.

Le conté de mis propósitos, de mi proyecto, y me propuso que realizara otra visita para que me llevara al Museo Nacional de la Música, lugar donde ella aseguraba que encontraría el camino que yo andaba buscando.

Era mi oportunidad para conocer ese fantástico país, puesto que allí se encuentran los orígenes de la guaranducha campechana, de acuerdo con las fuentes bibliográficas que el mismo Juan de la Cabada cita en su libro relativo a esta expresión danzaria musical que, a su vez, es la madre de la guaranducha cozumelena, motivo por el cual me interesé en ese viaje que me enriqueció con muchas experiencias musicales.

Marcos Ramírez (Chetumal, México, 1951). Autor de la música del *Himno a Quintana Roo* y del libro *Música y músicos tradicionales de Quintana Roo*. Vive en Chetumal, donde investiga y promueve asuntos culturales. Correo electrónico: [marcosramirezcanul@hotmail.com](mailto:marcosramirezcanul@hotmail.com).